



*Fábula del escriba, de Eugenio Montejo*¹⁰³ M^a Ángeles Pérez López¹⁰⁴

Fábula del escriba (Valencia, Pre-textos, 2006) ha sido recibido con enorme interés en España, donde el poeta venezolano Eugenio Montejo (Caracas, 1938) ha publicado parte de su obra. Se le reconoce así su capacidad para escribir poesía de gran resonancia que, al margen de grupos, ha indagado en lo metatextual (como se advierte ya tempranamente en *El taller blanco*, 1983) y se ha construido sobre la relación del hombre con lo terrenal y la aspiración constante a la belleza. Se le considera poeta de la serenidad contemplativa y en su obra varios motivos son recurrentes: la genealogía personal y mítica, el tiempo, el viaje o el amor. Su visión órfica del hecho poético lo lleva a la construcción de analogías y correspondencias que arrancan de una dimensión fundacional (“Escribo para fundar una ciudad, / donde las piedras tengan nombres propios”) y llevan la expresión poética de la naturaleza a su esplendor más alto en *Trópico absoluto* (1982). Antes, títulos como *Terredad* (1978) habían marcado la importancia de su tendencia memorialista y elegíaca (recordemos su primer libro, *Élegos*, de 1967, o *Muerte y memoria* de 1972), el neoculturalismo en el que se inserta su obra y la importancia de formas poéticas de corte clásico.

Otros de sus títulos más recientes son *Adiós al siglo XX* (1992, ed. completa 1997), *Partitura de la cigarra* (1999) y *Papiros amorosos* (2002). Estos dos últimos han sido publicados en España por la editorial Pre-textos, la misma que en 2006 daba a conocer *Fábula del escriba*. En este libro, organizado en tres partes, se observa de modo transversal la indagación metapoética, el ahondamiento en aquellas cuestiones sobre el significado y alcance de la escritura que siempre han

103 Eugenio Montejo: (Caracas, 1938) Poeta y ensayista, su obra se ha caracterizado por el gran dominio de las formas, la indagación metapoética y la conformación de un universo poético personal. Destacan sus libros *Élegos* (1967), *Muerte y memoria* (1972), *Terredad* (1978), *Trópico absoluto* (1982), *Adiós al siglo XX* (1992, ed. completa 1997), *Partitura de la cigarra* (1999), *Papiros amorosos* (2002) y *Fábula del escriba* (2006). Es autor también de importantes ensayos como *El taller blanco* (1983) y *El cuaderno de Blas Coll* (1981). Ha recibido importantes premios literarios y ha sido embajador de su país durante varios años.

104 Profesora de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Salamanca, por la que es Doctora desde 1996. Poeta e investigadora. Colaboradora de numerosas publicaciones especializadas, es autora de la tesis doctoral recogida en *Los signos infinitos. Un estudio de la obra narrativa de Vicente Huidobro* (Lleida: Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos, Universidad de Lleida, 1998) y del estudio introductorio a Nicanor Parra, *Páginas en blanco* (Salamanca: Universidad de Salamanca y Madrid: Patrimonio Nacional, 2005) Como creadora ha publicado, entre otros títulos: *Geografía personal* (Barcelona Café Central, 1995); *Tratado sobre la geografía del desastre* (México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1997); *La sola materia* (Alicante: Aguacilar, 1998, Premio Tandor); *El ángel de la ira* (Zamora: Lucerna, 1999) y *Camalidat del frío* (Sevilla: Algaida, 2000, Premio Ciudad de Badajoz). Contacto: mapl@gugu.usal.es



rondado a Montejo y que se resuelven, en la primera parte del libro titulada homónimamente, a través de la serenidad que da la posibilidad órfica: las máscaras de Orfeo con las que el poeta emprende su viaje medular. Ha regresado del Hades, posee de forma trágica la experiencia de la muerte que es irrepitible en cada hombre y al tiempo se hace una cada vez, y permite homenajear a tantos autores de la tradición que han revisitado el mismo mito (este Orfeo que aprendió su jazz en el infierno parece ser el mismo que en “Oscura entre las sombras” del mexicano José Emilio Pacheco busca a Eurídice en la discoteca mientras el rock se amplifica y la danza parece una ceremonia de otro mundo). Así, en el poemario hallamos el mundo egipcio o clásico en general y desde ahí, la respiración serena y contenida de la erudición vuelta palabra, interiorizada y convertida en una segunda piel sobre la primera piel.

Le siguen “Diez pавanas” a modo de variaciones rítmicas sobre un mismo tono (la gravedad, la seriedad y el carácter pausado de la danza), en las que el poeta constata el esplendor de vivir (“me sostiene el asombro de estar vivo”), su intensidad y su belleza (la tierra “no atormenta con la muerte,/ si con la belleza”), visibilizados a través de la rotación terrestre que constata al mismo tiempo su desolación, la caducidad del ser, la propia pérdida, aceptada de modo resignado, y cuyo eje central sigue siendo la reflexión metapoética: el enigma de los signos, las sílabas del horizonte, el canto convertido en piedra angular del poemario, especialmente en sus dos primeras partes (“Y tú, pequeña abeja que, de pronto,/ llegas en pos del polen alfabético,/ recoge aquí cuanto estos signos puedan darte,/ pero elude las voces de entrelíneas,/ las mentiras del mundo/ y sus cantos arácnidos...”). Y por último “*Tiempo y trast tiempo*”, ya anunciado en “*Pavana del trast tiempo*” y donde Montejo ahonda en las grandes cuestiones que siempre le han preocupado. Como le dijo en una entrevista a Marina Gasparini Lagrange:

En las nociones de temporalidad de la sicología de nuestras gentes prevalece la noción occidental, que representa el tiempo como una continuidad no espacial, en la cual los acontecimientos ocurren en una sucesión aparentemente irreversible a partir del pasado, a través del presente y en dirección al futuro. Tal es la concepción del tiempo que lo representa como una flecha lineal indetenible. Sin embargo, junto a ésta conviven otras representaciones de origen amerindio o africano, según las cuales el tiempo es percibido desde una perspectiva circular, donde coexisten los instantes del pasado y del presente. Quizá éste sea el origen de esa propensión a abolir en mi poesía las fronteras del tiempo a que se ha referido. Para ilustrar esa otra concepción incorporada a nuestra cultura mestiza, si hemos de atenernos a la representación espacial del tiempo, me valdría de la misma flecha, pero añadiría que en vez de una dirección fija, ésta puede apuntar hacia cualquiera de los infinitos puntos de una esfera, vale decir, hacia los seis horizontes con sus inabarcables direcciones. De acuerdo con esto, los instantes pueden venir hacia nosotros o alejársenos, dirigirse a uno u otro lado, hacia arriba o hacia abajo, cada uno guiado por



su imprevista meta. “El tiempo es redondo y atormenta”, escribí hace más de treinta años. Para decirlo gramaticalmente, es como si se habitara en la tierra del gerundio perpetuo.

En *Fábula del escriba*, esos seis horizontes hallan su correlato en los modos de la respiración poética que busca, a través de la armonía, de la clasicidad del frecuente endecasílabo o de algunas rimas asonantes, el modo en el que disparar una palabra que sea son puro, pájaro sin pájaro. Su canto mesurado y elegante se sitúa así en la encrucijada de diálogos que la tradición poética establece consigo misma y con el futuro llamado, tal vez, siglo XXI (recordemos su *Adiós al siglo XX*).

Por último, el libro se cierra con un poema largo de homenaje al extraordinario pintor Armando Reverón, y previamente, dos secuencias de apuntes líricos que firma Jorge Silvestre, uno de los heterónimos montejanos, estando la segunda escrita “al modo de Tomás Linden”, otro de los “colígrafos” de su querido Blas Coll (*El cuaderno de Blas Coll*, 1981). Recordemos que Jorge Silvestre es el autor de varios poemas de *Partitura de la cigarra* (“El adiós de Jorge Silvestre” y “Tres apuntes”) y de *Papiros amorosos* (“La canción de amor de Jorge Silvestre”). La experiencia de la otredad, al modo pessoano pero con tintes propios, ha sido definitiva en la trayectoria de Montejo, porque perfila la necesidad de apertura hacia aquellas “voces” (en el poema de mismo título) que el poeta arrastra en su sangre incluso sin saber o sin querer, es decir, hacia la experiencia de la multiplicidad del ser y del lenguaje en el que se articula.

Si Blas Coll sentía un “amor angustiado y profundo por nuestra lengua”, sus colígrafos Jorge Silvestre y Tomás Linden recorren las formas en las que la naturaleza se convierte en símbolo de la actividad poética y a la vez de la misma radical humanidad que emparenta hombres y sapos en la “tinta insomne” que “croa por nuestra boca” y nos suma, sin saberlo, “al eco misterioso del pantano”. Porque el sapo se convierte en animal central: chapotea en lo oscuro y devora estrellas.

Había dicho Montejo ya: “En cuanto a mí, creo que las formas del trópico han modelado mi vida y la vida de los míos. El trópico y la inclemencia de su intemperie. El desamparo que miro en tantos hombres, la feracidad exuberante de su flora, así como la intensidad de su luz que nos lleva a ver las cosas con las retinas más contraídas de la tierra. Todo ello, por supuesto, debe de estar de algún modo en mis poemas, aunque su expresión nunca me la haya propuesto de modo deliberado.”

Seguramente de esa raíz paradójica, la intemperie del trópico, surjan tantas otras paradojas del libro, especialmente la del pájaro sin pájaro, el puro canto, el son que sólo en la ausencia puede hacerse presente. Si la presencia y la necesidad del signo han sido tantas veces defendidas por Montejo¹⁰⁵, *Fábula del escriba* contiene en su propio título la raíz del sentido que el poeta le



202 *Fábula del escriba*

aporta, su aspiración a la inteligibilidad del oficio de *escriba* en tanto que comprensión repentina de lo total, sin la aguda y dolorosa percepción de las partes, sin aquella dualidad en la que se maneja nuestro pensamiento binario (pájaro y canto, naturaleza y humanidad, vida y muerte, *fábula del escriba*).

El Duende

A Chari y Francisco José Cruz

En esta misma calle, pero antes,
a bordo de mis veinte,
de noche en noche, con tabaco y lámpara,
escribía poemas.

Alrededor la multitud dormida
soñaba con dinero
y alguna que otra estatua recosía
el azul de su sombra.

Nunca supe qué duende a mis espaldas
—volátil e insistente—,
fijos los ojos me seguía
frase por frase y letra a letra.

No, no era aquel azul casi corpóreo
arrancado del mármol,
ni mi ángel de la guarda anohecido
y en ardua vela,

ni tampoco un espectro hamletiano,
veraz hasta el misterio,
ni ninguna presencia subitánea
de aquella época.
Nada de nada ni de nadie,
sino yo mismo, yo mismísimo.



Pero no aquél de entonces: –éste
que cifra ya sesenta,
–éste era el duende...
El que aquí vuelve buscándome de joven,
en esta misma calle, a medianoche,
y me llama
y no es sueño.

II

Y si después de años y años
soy de nuevo el escriba de estos versos
y a mi cuaderno vuelvo noche a noche,
–es que el duende no cesa.

No el mismo duende que ayer revoloteaba
cuando mis veinte,
sino éste que en el fondo de la lámpara
con un temblor huidizo se aproxima
y al instante es ausencia.

Tal vez se encuentre ahora aquí a mi lado
con su rostro de pájaro,
como un discípulo de Toth,
y su silente imagen incorpórea
salida de un espejo.

Ya no es el mismo que he sido ni que soy,
tal vez otro más viejo,

105 “Diría que en nuestros días la misión del poeta sigue siendo la misma que en otras eras: la de ser un emisario de Toth, el dios egipcio del lenguaje, que los egipcios se representaron con figura de hombre y rostro de ibis. Fue Toth el primero en afirmar que en el principio fue el Verbo. Su presencia en el imaginario de nuestra cultura mediante su asimilación griega a través de Hermes, nos convoca a cada instante frente al enigma del lenguaje. La poesía es el ápice de ese enigma. A veces desconfiarnos de las palabras porque ellas son parte de nuestra propia imperfección. Sin embargo, más allá de la falibilidad humana, está la presencia y la necesidad del signo. La misión de hoy como de ayer es servirla y custodiarla tanto como podamos.”



204 *Fábula del escriba*

otro distinto que habré de ser un día,
aquí o en cualquier parte,
donde acontezca.

En tanto, a solas ya culmino
en torno al sol otra vuelta terrestre,
—mi sexagésima.

Me sostiene el asombro de estar vivo
y el misterioso acecho de mi duende.

III

...No queda aquí ni duende ni su rastro
sino el viento esta noche,
el viento infatigable entre las hojas
y alguien que silencioso escribe ahora
en su cuaderno.

Las nubes a lo lejos. Y edificios
con un claror intermitente
que va de un piso a otro
y a cada instante
se apaga o fosforece.
(Una visión, para mis párpados arcaicos,
demasiado moderna).

Pero no queda un duende aquí que husmee
ninguna letra negra o blanca,
sino el hondo silencio
y la luna que a solas platoniza
en su caverna.

La naufragante nada en torno a todo,
—apenas ella,



y alguien que sigue allí escribiendo
y el viento que va y vuelve,
y yo vagando solo e invisible,
a quien ya nadie puede ver
y que no puedo verme.

Fábula del escriba

Que no se valga la araña de mi mano
y permanezca sola en su silencio
tejiendo su tela solitaria.
Conozco demasiado sus vocales,
–las ocho vocales de sus patas,
cuando cierra mis dedos desde lejos
y empuña aquí sobre la mesa
su lápiz.

Que no escriba por mí desde otro mundo
ni con mi insomnio hile la urdimbre
de su cábala.
¡Hay ya tanto misterio aquí en la tierra,
tantos arpegios en busca de algún arpa!
En fin, que no disponga de mis letras
con su astucia de geómetra
para cifrar sus jeroglíficos,
ya basta.

Y tú, pequeña abeja que, de pronto,
llegas en pos del polen alfabético,
recoge aquí cuanto estos signos puedan darte,
pero elude las voces de entrelíneas,
las mentiras del mundo
y sus cantos arácnidos..
Oh, sor amiga, acuérdate de Ulises,
hay sirenas que cantan por el tacto.



El Mirlo

(Jardines de la Residencia de Estudiantes, Madrid)

Verde es el canto del mirlo
que mana arriba, en la copa del árbol,
hasta que se desprende con frescor de fuente
y en ondas se prodiga, en saltos, chispas
y tenues gotas de su luz sonora.
Verde es el denso murmullo que circunda
la grávida columna con sus hojas
y el rumoroso viento en torno al canto
y los viejos, aéreos pensamientos....

El mirlo canta solo, eso le basta.
Aquí y allá mueve su cuerpo, no su canto;
el canto sigue intacto y más inmóvil
a través de los años y las horas.
De verdor en verdor, de un siglo a otro,
indemne a quien lo escucha o lo recuerda,
con borbotear en círculos de fuente,
cada vez más vivaz –el canto llega...
Y dentro trae un nuevo canto y otro,
el mismo siempre en plumas diferentes,
el que se escucha aquí y aquél y tantos
mirlos y cantos de hoy, ayer, mañana,
mirlos sin mirlos dentro de sus sombras
que están aquí y no están, aunque sus vuelos
vayan y vengan raudos cada instante,
junto a la luz, el árbol y sus hojas.

Máscaras de Orfeo

Quizá me vuelva Orfeo después de tanto,
al cabo de los siglos y milenios
y mil metamorfosis.
El mismo bardo y mago que fue y vino



de esta vida a la otra, tantas veces,
por tenebrosos laberintos.

Quizá me vuelva Orfeo alguna tarde
y a cielo abierto encarne su destino,
el que propaga el canto de la tierra,
aunque su lira duerma bajo el agua,
ya náufraga en el fondo
y para siempre inalcanzable.

Quizá me vuelva Orfeo definitivo,
inconfundible con cualquiera de mis máscaras:
de gallo, pájaro o cigarra,
aunque prefiera ahora la de sapo
frente a la oscuridad y su pantano,
un sapo cósmico que engulle estrellas muy distantes.
El que aprendió su jazz en el infierno,
el cantor trágico de Tracia,
éste que croa aquí debajo de los astros
y chapotea a gusto en agua y lodo
y afina y desafina mezclando el tiempo y el espacio.

En el paraíso

Cuando fui serpiente,
cuando era liviano mi verde veneno,
a hurtadillas, reptando, llegué al paraíso.
Y al macho empujé hacia la hembra,
hasta unir sus cuerpos, sus nombres, sus noches
en un solo bulto de música táctil.

Con lumbre irisada del viejo deseo
—luz de pavos reales—
fui atando en silencio sus cuerpos,
piernas en las piernas, labios en los labios,



208 *Fábula del escriba*

brazos en los brazos...

Y yo su serpiente, su nudo, su abismo,
entre hierbas suaves y paradisiales.

Tendidos, sedientos, un cuerpo en el otro
y ambos enlazados,
sin sentir en torno mi sombra huidiza,
mi veneno bífido que los envolvía y los extasiaba,
mezclando su sangre, sus bocas, sus vidas
en un solo cielo de noche en la tierra,
con estos anillos que me dio Saturno
los enamoraba y los envolvía en la maravilla
de tanto milagro.

Pavana

A Gustavo Guerrero

Pavana para mi vida aquí en la tierra,
en esta tierra que no atormenta con la muerte,
sino con la belleza.

Pavana que celebra cada instante y su prodigio,
cuando nace una gota de verde en la rama del junco
y otra gota de luz en el pico del pájaro,
aquí y allá y en todas partes, al unísono.

Pavana para el mundo que se abre en su milagro,
el antiguo milagro que siempre nos sorprende,
éste que me habita aquí donde me encuentro,
el que trae a mis venas sus coros de música
y corre con el agua y ríe entre las piedras.

Pavana para el sapo que llega aquí a mi lado,
croando tan ronco a orillas del paisaje.

El mistagogo de las ciénagas
con sus ojos ya viejos, llenos de tanta noche,



y la torpeza flácida en la carne,
siempre a la espera en la densa penumbra
hasta que la luna se encienda en el agua.
Sea también para él esta pavana
cuando viene a croar por mis días en la tierra,
en esta tierra que no atormenta con la muerte,
sino con la belleza.

Pavana de Lisboa

A Alejandro Rossi

El Tajo al fondo, azul e inmenso,
mudando a cada instante de horizontes.
El Tajo, casi mar, casi recuerdo,
según la luz que ondula sobre el agua.
Y a bordo, en cualquiera de sus barcos,
va o viene todavía
la parte de mi vida más errante.

Desde el castillo de San Jorge,
en la colina de almenas medievales,
hace ahora más siglos que memorias,
me vi una vez muy lejos de este mundo,
a muchas leguas de mi vida,
en una Lisboa de otra galaxia,
idéntica a sí misma, pero nómada,
con el sólido grito de sus piedras
que gravitaba en un ocaso blanco...

Esta misma Lisboa conmigo a la intemperie,
rodeada de calles en declive
y el humo etéreo de sus barcos;
esta misma Lisboa, pero un Tajo distinto,
incapaz de arrancarnos lo que amamos
para llevarlo al África.



210 Fábula del escriba

Un Tajo que siempre vuelve de retorno
y nos espera entre uno y otro muelle
y nunca parte.

Pavana para una dama egipcia

Yo sé que un día aquí sobre la tierra
no estaré nunca más. Habré partido
como los viejos árboles del bosque
cuando los llama el viento. Y esto que escribo
no me lo dicta apenas una idea
pues ya se ha hecho sangre entre mis venas.

También sin meditar suelen los árboles
tener claro su fin. Como toda materia
guarda memoria de su nada póstuma.
No es preciso pensar para decirse
—cada cual a sí mismo— adiós por dentro.
Con ver las hojas en otoño basta;
con ver la tierra allá a lo lejos, roja,
flotando en el abismo, sin nosotros,
se aprende casi todo...

Yo sé que un día con tus egipcios ojos
me buscarás sin verme aquí en la tierra,
y no estaré ya más.
Y no es la mente quien me lo dice ahora,
sino en tu cuerpo donde puedo leerlo;
aquí en tus brazos, tus senos, tu perfume,
porque lo eterno vive de lo efímero
como en nosotros el dios que nos custodia,
con tanto enigma en su perfil de pájaro
y su vuelo que siempre está a la puerta.



Allá, por fin, se ve la tierra

Allá, por fin, se ve la tierra,
allá a lo lejos, de vuelta en vuelta.
No sé por qué –después de tanto– sigue girando,
nadie lo sabe.

Allá, por fin, se ve, se escucha
en el vuelo sin sombra de sus pájaros.
Ese color acre, de hierbas en el viento,
de volantes y cósmicas materias,
sólo lo exhala su paisaje,
es parte de lo térreo y lo postérreo.

Allá, por fin, la veo, la sigo viendo
delante de mis ojos extasiados.
Es casi azul y está girando siempre
sobre los aires.
No sé si he muerto en ella y vuelvo ahora,
no sé si en este instante nazco,
nadie lo sabe.
Se ve allá lejos, a mil millones de años,
y aquí cerca, a mi lado.
Y yo estoy vivo o muerto, ya no importa,
pero sigo en sus brazos,
escuchando la voz con que me arrulla,
los infinitos sonos familiares,
muy lejos y muy cerca, en un tiempo sin tiempo,
serenísima Madre.

Voces

Me valgo de mil voces pero pocas son mías,
pertenecen a seres que no conozco,
las he heredado tal vez hace ya siglos
y ocultas yacen al fondo de mi sangre.
Tienen sonos silvestres de vientos y pastos,



212 *Fábula del escriba*

silbos de pájaros, arroyos en densos follajes,
ruidos de frutos que caen, truenos errantes,
lluvia en los techos y trotes lejanos de caballos.
Viajan conmigo, pero pocas son mías,
al menos de quien soy en este instante,
quizá de un hombre que he sido y no recuerdo
o de algún otro que habré de ser mañana...
Me valgo de sus tonos proteicos, de sus ecos,
que a un mismo tiempo dicen y contradicen,
sin que yo sepa nunca cómo llegan, de dónde,
ni por qué me acompaña su coro solitario.